

Morir o cambiar

ZAKI LAÏDI

Investigador en el Centro de estudios e investigaciones internacionales*.

LIBERACIÓN, martes 8 de mayo de 2007

La derrota de Ségolène Royal es incuestionable. Por lo tanto le afecta inevitablemente. La imprecisión de su línea estratégica global y lo difuso de algunas de sus propuestas han contribuido a ella. Pero a los que querrían instruirle un proceso por incompetencia debemos recordarles este hecho elemental: con todo el PS tras él y una experiencia de más de treinta años, Lionel Jospin ni siquiera había conseguido pasar a la segunda vuelta en 2002. Y en 1995, apenas había obtenido mejor resultado que el que ella ha obtenido. Es necesario pues buscar el error en otro lugar. Y este otro lugar se encuentra en un PS que no supo ni modernizarse con Lionel Jospin ni tras él y, peor aún, que se lanzó a una espiral regresiva tras el referéndum de 2005. La izquierda francesa, a la que será necesario llamar en adelante la “vieja izquierda”, del PS a la LCR pasando por los Verdes, acaba de fracasar por tercera vez consecutiva por no haber aceptado modernizarse. Esta izquierda que, de forma pavloviana, buscará ante todo demonizar al nuevo dueño del Elíseo, denunciará su falta de política social, acusará a Ségolène Royal de no haber sido “suficientemente de izquierdas” a pesar de que la extrema izquierda esté pulverizada, todo ello para evitar ponerse en entredicho.

Pero esta vez no será como antes. Ya que si esta campaña reveló algo, es precisamente la imposibilidad de pensar los retos políticos desde una perspectiva estrictamente ideológica y la incapacidad total de la vieja izquierda de aportar a Ségolène Royal las nuevas ideas susceptibles de ayudarle a conseguir la victoria.

Ciertamente, esta vieja izquierda renunció a sus ambiciones de cambiar el mundo o la vida. Pero, a fuerza de mostrarse incapaz de proponer otro camino, ha vuelto poco a poco a reivindicar el regreso al statu quo de los Treinta Gloriosos (1945-1975), esa etapa en que los empleos eran estables y las fronteras estaban cerradas. Los programas de todas las izquierdas de Francia se convirtieron en puros y simples programas de restauración justificados por la necesidad de combatir los daños de la sociedad liberal. Ahora bien, si hubiese bastado simplemente con denunciar nuevamente las “políticas liberales” de la derecha, no se comprendería porqué la izquierda es tan débil hoy. No se comprendería tampoco porqué, en el resto de Europa, ninguna coalición política se ha construido sobre la base de una política antiliberal, sino que, al contrario, todos los grandes partidos de izquierda han abrazado políticas reformistas, es decir, más favorables a las lógicas de mercado y más dubitativas en cuanto a la eficacia de políticas puramente redistributivas dirigidas por el Estado.

Este enquistamiento se remonta a principios del siglo XX y a las condiciones en las que se construyó el socialismo francés, que no tiene cultura socialdemócrata alguna. Su militarismo social lo demuestra. Pero lo que es impresionante es ver cuánta ha sido la influencia del marxismo vulgar, la identificación de la lógica económica como complot social, la demonización del adversario, la veneración del Estado, el desprecio profundo a las experiencias extranjeras, que por así decirlo, ha penetrado el conjunto de la izquierda francesa, que se ha visto sistemáticamente empobrecida. El decaimiento de los Verdes es emblemático desde este punto de vista, sobre todo cuándo se comparan los Verdes franceses a los Verdes alemanes, ¿pero quién se atrevería a hacerlo?

Ciertamente, para contrarrestar de un modo puramente defensivo el blairismo al que la izquierda europea acabará por rendir homenaje, la vieja izquierda francesa creyó que era suficiente hacer una hábil referencia al modelo escandinavo. Pero esta identificación formal con la socialdemocracia del Norte tiene algo de indecente. Ya que sobre la casi

totalidad de los temas sobre los cuales la vieja izquierda francesa quiere ser intransigente, los socialdemócratas del Norte han decidido una dirección generalmente contraria. Sobre la cuestión del tiempo de trabajo, los escandinavos, después de una fase de defensa de la reducción del tiempo de trabajo, comenzaron a recorrer el camino opuesto. La prolongación de la duración del período de cotización para obtener pensiones de jubilación no sólo no se discute sino que se indexa sobre la esperanza de vida. La idea de que puedan existir regímenes especiales o estatus protegidos es profundamente ajena al igualitarismo escandinavo. La responsabilidad de las administraciones, simbólicamente convertidas en agencias públicas muy descentralizadas y sujetas a una fuerte cultura de la evaluación, el desarrollo de mecanismos de incentivos destinados a completar las lógicas de redistribución pasiva, la distinción entre la defensa de los servicios públicos y la del estatus del funcionariado, la prioridad otorgada a la defensa de las personas y no de los empleos son temas sobre los cuales la vieja izquierda francesa no tiene posición clara por temor a perder algunos apoyos. Así la izquierda francesa es hoy una de las más anticuadas de Europa.

Ahora la izquierda francesa sólo puede elegir entre morir o cambiar, a pesar de que algunos de sus políticos, por un evidente deseo de supervivencia, van a intentar imaginar, como hicieron tras el año 2002, cómo renacer por la vía de la defensa del statu quo.

Por ello, si se produce el cambio no será fácil. La hipótesis de un “big bang” ideológico puede parecer seductora. Pero corre el gran riesgo de ser más espectacular que efectiva. Ya que lo que está en juego no es sólo llamarse moderno sino desarrollar esta modernidad haciendo un trabajo de fondo que el PS nunca ha realizado. Por consiguiente, llamarse socialdemócrata no bastaría en un partido que no tiene esta tradición y en un contexto en el que la socialdemocracia está en crisis. También es importante poner de manifiesto y demostrar, en particular al

núcleo duro del electorado de izquierda surgido de la función pública, que el cambio no es una necesidad inquietante sino una fuente de oportunidades. Ya que todo el problema está ahí. Está en el cambio de perspectiva, en pasar del pesimismo social de un marxismo superado a una visión más abierta y más optimista del cambio social. La izquierda no puede ser sólo el cártel de quienes tienen miedo a perder su estatus.

Para ello, es necesario que la izquierda moderna tome el control, despida a los responsables de su estancamiento durante decenios y empiece por fin a trabajar para encontrar un nuevo equilibrio. El New Labour observó meticulosamente los pros y los contras del thatcherismo para elaborar su proyecto. La nueva izquierda haría bien en hacer lo mismo con el sarkozismo para poder un día destronarlo, más que lanzarse en una demonización no solamente vana sino sencillamente mortal. En esta nueva clave, Ségolène Royal puede formar parte de la solución, si se dota de los medios intelectuales y políticos. ¿Los tiene?

*Coautor con Gérard Grunberg de “Salir del pesimismo social. Ensayo sobre la identidad de la izquierda”, Hachette-Telos, 2007.